

de las miserias humanas llena hasta el borde, y obligar á apurarla hasta las heces.

El rey de Francia, precisado de motivos tan poderosos como los que se han espresado con tanta delicadeza en la felicitacion del cumple-años, probablemente hará su esfuerzo por olvidar todos estos acontecimientos, y aun el cumplido mismo; pero la historia, que lleva siempre una cuenta abierta de todas nuestras acciones, y ejerce su imponente censura sobre los pasos de todos los soberanos, cualesquiera que sean, jamás olvidará ni estos sucesos, ni la época de estos generosos refinamientos entre los hombres. Quedará grabado en sus páginas, que en la mañana del 6 de octubre de 1789, el rey y la reina de Francia, despues de un dia de confusion, de alarmas, espanto y asesinatos, habiendose retirado á sus alojamientos, bajo la garantia de una seguridad prometida, para conceder á la naturaleza algunas horas de descanso, aunque doloroso é inquieto; la voz del guardia de Corps que custodiaba la puerta de la reina, la interrumpe el sueño con sobresalto gritándole, que se ponga en salvo, que era la última prueba de fidelidad que podia dárle... que ya se le acercaban, que él iba á perecer... y al instante fue muerto. Una banda de malvados y asesinos bañados de la sangre del centinela, se precipitaron á la cámara de la reina dando mil estocadas con las bayonetas y puñales en su echo, de donde apenas tuvo tiempo para huir casi desnuda, por alidas escusadas que la eran desconocidas, y refugiarse á los pies de un rey y de un esposo, cuya propia vida no estaba mas segura.

Este rey, esta reina, y sus tiernos hijos que habian sido en otro tiempo el orgullo y la esperanza de un pueblo generoso, fueron violentados á abandonar el palacio, que poco antes era el mas suntuoso, y ahora se veia goteando sangre, manchado con el homicidio, y sembrado de cadáveres y miembros mutilados. De alli fueron conducidos á la capital de su reino, y entre la confusa carniceria, dos de los gentiles hombres que componian la guardia del rey, fueron separados sin motivo alguno, para ser decapitados en medio de la córte de este palacio con todas las formalidades de una ejecucion jurídica. Las cabezas de estos levantadas sobre picas sirvieron de guiones, abriendo y dirigiendo la marcha, que el rey y su familia terminaban como cautivos llevados á paso lento entre horribles ahullidos, gr.

los penetrantes, danzas frenéticas, infames palabradas, y todos los horrores inesplicables de furias infernales bajo la figura de tantas mas viles mugeres. Despues de haber apurado una amargura mas cruel que la muerte, y de haber sufrido una tortura enta en la travesia de doce millas que duró mas de seis horas, fueron entregados á la custodia de aquellos mismos soldados que los habian conducido en medio de este triunfo, y confinados á uno de los antiguos palacios de Paris, que hoy se halla convertido en bastilla para los reyes.

¡Es esto un triunfo digno de consagrarse sobre los altares, de eternizarse con solemne accion de gracias, y ofrecerse á la fuente divina de toda humanidad con ruegos fervorosos y entusiastas? Estas orgias tebanas y tracias representadas en Francia y aplaudidas únicamente en el club de Old-Jewry, encendieron en muy pocos espíritus de este reino el fuego de este profético entusiasmo; á pesar de que un santo apóstol, que tal vez ha tenido revelaciones emanadas de sí solo, y que lleva tanto tiempo de haberse sobrepuesto á todas las bajas supersticiones de la sensibilidad, se halla inclinado á tener por piadoso y conveniente comparar este suceso con la entrada del príncipe de la paz en el mundo, proclamada en el templo santo por un sábio venerable, y anunciada algunos dias antes de un modo mas magestuoso por la voz de unos ángeles á la inocencia apacible de unos pastores.

De luego á luego no sabia yo como esplicar „este transporte immoderado.” No ignoraba que los padecimientos de un monarca son para ciertos paladares una vianda deliciosa; y que la reflexion pudo haber contenido este apetito en algun grado de templanza. Pero luego que fijé la consideracion en una circunstancia, me convencí de que era necesario conceder mucho mas á la *sociedad de la revolucion*, y que la tentacion era muy superior á una discrecion ordinaria; esto es la circunstancia del *Io! Pean!* del triunfo, de aquel grito animado que condenando á todos los obispos á la linterna „podia haber producido esta erupcion de „entusiasmo en vista de las consecuencias de un dia tan hermoso.” En un entusiasmo tan grande, yo perdono algunos defectos de prudencia, y perdono á este profeta que prorrumpiese en acciones de gracias y en himnos de júbilo con ocasion de un suceso, que es como el precursor del milenio y de la quinta monarquia proyectada para la destruccion de todos los establecimientos de

la iglesia. Sin embargo, en medio de este regocijo, como sucede en todos los negocios humanos, habia alguna cosa que podia ejercitar la paciencia de estos dignos señores, y poner á prueba las dilatadas esperanzas de su fé. La muerte del rey, la de la reina y de sus hijos eran otras circunstancias felices que hacian falta en este hermoso dia. Faltaba tambien la muerte de los obispos, que habia sido implorada por tantas piadosas oraciones. Se habia trazado en bosquejo el plan de una carniceria regicida y sacrilega á un tiempo; mas esto no pasó de un bosquejo; por desgracia no terminó en este cuadro la historia de la matanza de los inocentes; y ¡cuál será el gran maestro en la escuela de los derechos del hombre, que tenga un pincel atrevido para concluirlo? El siglo no ha recibido todavia completamente el beneficio del desarrollo de los conocimientos que han minado á la supersticion y al error; y al rey de Francia le falta consagrar al olvido uno ó dos objetos, en consideracion á todo el bien que sus padecimientos y los crímenes patrióticos de un siglo ilustrado deben producir (*).

[*] Conviene copiar aquí el trozo de una carta escrita sobre este asunto por un testigo ocular. Era este uno de los miembros de mas probidad, de los mas ilustrados y elocuentes de la asamblea; uno de los mas activos entre los que deseaban con celo la reforma del estado; y que se vió obligado á retirarse de la asamblea, acobardado por desterrarse él mismo del reino, con ocasion de este piadoso triunfo y de la disposicion de ciertos hombres, que si no tuvieron parte en los crímenes, se aprovecharon de ellos, y se hallan colocados al frente de los negocios públicos.

Estracto de la segunda carta de M. Lallé Tolendal [hoy par de Francia] á un amigo, sobre su emigracion á consecuencia de los sucesos del 5 y 6 de octubre.

„Hablemos del partido que tomé: está bien justificado en mi conciencia.—Ni esa ciudad culpable, ni esa asamblea mas culpable aun, merecen que yo me justifique; pero deseo que no me condenéis ni los que piensan como vos.—Os juro que el estado de mi salud me imposibilitaba para llenar mis deberes; pero aun echando á un lado mis males, era muy superior á mis fuerzas soportar por mas tiempo el horror que me causaban aquella sangre, aquellas cabezas, aquella reina casi sofocada, aquel rey conducido como esclavo, entrando á Paris en medio de sus asesinos y precedido de las cabezas de sus desgraciados guardias: aquellos pérfidos genizaros, aquellos asesinos,

Aunque este resultado de „nuestras nuevas luces” y de „nuestros nuevos conocimientos” no ha llegado al término que se proponian; sin embargo, no puedo dejar de creer que se trata-

nos, aquellas mugeres cannibales, y aquel grito de todos los obispos á la linterna, al tiempo de entrar el rey á la capital en su carroza acompañado de dos obispos consejeros; un tiro de fusil que vi asestar á una de las carrozas de la reina; M. Bailly, llamando á esto un buen dia; la asamblea declarando friamente en esa mañana, que no era decoroso á su dignidad que fuese toda entera á hacer la corte al rey; M. Mirabeau, diciendo impunemente en esta sesion, que la nave del estado lejos de ser detenida en su curso se avanzaba con mas rapidez que nunca ácia su regeneracion; M. Bernabé, riendo con él á tiempo que en torno de nosotros corrian arroyos de sangre; el virtuoso Mounier, escapando milagrosamente de veinte asesinos que habian querido hacer un trofeo mas de su cabeza.

He aquí lo que me hizo jurar no poner mas los pies en aquella caverna de antropófagos de la asamblea nacional en donde ya no tenia aliento para levantar la voz; y en donde, despues de seis semanas, en vano la habiamos levantado yo, Mounier, y todas las gentes honradas. El último esfuerzo que restaba que hacer por el bien, era salir de allí. No me atacó ninguna idea de temor, y me avergonzaria de defenderme. A mi salida por entre aquel pueblo, menos culpable que los que lo habian embriagado de furor, recibí de su parte aplausos y aclamaciones que habrian lisongeado á otros, y á mí me hicieron gemir. No cedí á otra cosa que á la indignacion, al horror, y á las convulsiones físicas que esperiménté á la vista sola de la sangre. Se desprecia la muerte una y muchas veces, cuando puede ser útil; pero no hay bajo del cielo poder ni opinion alguna pública ó privada, que deba condenarme á sufrir inutilmente mil suplicios á cada instante, y á perecer de rabia y desesperacion en medio de los triunfos del crimen, que no pude contener. Me proscribieron, y confiscaron mis bienes; araré la tierra, y no volveré á verlos.—He aquí mi justificacion. Podreis leerla, mostrarla á otros y dejarla copiar; tanto peor para los que no la comprendan; yo seré entonces quien háya hecho mal en dárselas.”

Este militar no tiene tan buena fibra como los miembros pacíficos del club de Old-jewry.—Lease tambien la relacion de M. Mounier sobre el mismo asunto.—Es hombre de honor, de probidad, y de talento, y por consiguiente fugitivo.

miento como este, usado con criaturas humanas, debe escitar la indignacion contra todos los que estan destinados á consumir las revoluciones. Pero yo me estiendo á mas. Guiado por los sentimientos que me son innatos, y no estando iluminado por ninguno de los rayos modernos de una luz nuevamente creada, os confieso, señor mio, que el alto rango de las personas que veo padecer, particularmente el sexo, la belleza, las cualidades amables de un vástago de tantos reyes y emperadores; junto á esto la tierna edad de estos ilustres niños, á quienes su infancia y su inocencia bastaban á preservarlos de los bárbaros ultrajes á que eran espuestos sus padres, lejos de ser un motivo para sobresaltarme de gozo, aumentan mucho mi sensibilidad en esta triste circunstancia.

He oido decir, que la augusta persona, objeto principal del triunfo de nuestro predicador, aunque supo reprimirse, se conmovió mucho en esta vergonzosa ocasion. El rey, como hombre debia experimentar sentimientos dolorosos por su muger, por sus hijos, y por los fieles guardias de su persona, que en presencia suya fueron asesinados á sangre fria: como príncipe, debia admirarse de la transformacion estraña y espantosa de sus vasallos civilizados, y aflijirse por ellos mas que por sí mismo. Su conducta se desvia poco de su valor, al paso que añade infinito honor á su humanidad. Me es muy sensible, ciertamente, me es muy sensible decir „que la situacion de estos personages es tal, que no „se nos puede culpar porque alabemos las virtudes de los „grandes.”

He sabido, y con placer (porque es apreciable que unos seres destinados á sufrir sepan conformarse con su situacion) que la ilustre dama, segundo objeto del triunfo, soportó en este dia, y lo mismo en los siguientes, la prision de su marido, la suya propia, el destierro de sus amigos, lisonjas insultantes en calidad de mensajes, y el peso de injusticias acumuladas, con tanta serenidad como esfuerzo, de un modo propio de su rango y nacimiento, y digno de la hija de una soberana distinguida por su piedad y valor; que ha tenido como esta sentimientos elevados; que estos sentimientos son los de una romana; que hasta el último momento será superior á sus mayores infortunios; y que si es necesario que sucumba, no será bajo una mano despreciable.

Hace diez y seis, ó diez y siete años que ví en Versalles á a reina de Francia, entonces delina; y seguramente jamás apa-

reció astro mas celestial en aquella órbita que apenas parecia tocar: yo la ví en el momento en que aparecia sobre el horizonte hecha el ornamento y las delicias de la esfera en que principiaba á moverse: era como la estrella de la mañana, brillante en salud, felicidad y gloria. ¡O que revolucion!!! y qué corazon seria necesario tener, para contemplar, sin conmoverse, aquella elevacion y esta caida! Cuando yo la veia inspirar á un tiempo la veneracion y entusiasmo de un amor respetuoso ¡qué lejos estaba yo de imaginar, que alguna vez habia de tener que defenderse contra el infortunio, cuyo germen estaba en su seno! ¡qué lejos estaba de pensar que la habia de ver en mis dias humillada repentinamente con tales desastres, y esto en una nacion valiente y llena de dignidad, en una nacion compuesta de hombres de honor y de caballeros! Al contrario, yo hubiera creido que diez mil espadas se desenvainarian para tomar venganza de la primera mirada que la insultara. Pero el siglo de la caballeria ha pasado ya, y le ha sucedido el de los sofistas, economistas y calculadores, estinguéndose para siempre la gloria de la Europa. ¡Jamás, jamás volveremos á ver aquella generosa lealtad para el rango y el sexo, aquella noble sumision y obediencia, aquella subordinacion de corazon que en la servidumbre misma conservaba el espíritu de una libertad exaltada! El ornamento natural de la vida, aquella defensa tan generosa de las naciones, aquel semillero de todos los sentimientos valerosos y de las empresas heroicas. . . . todo se ha perdido. Se ha perdido aquella sensibilidad de principios, aquella castidad del honor, para la que una tacha era una herida; que inspiraba valor, al paso que suavizaba la ferocidad; que ennoblecia todo lo que tocaba, y al vicio mismo le hacia perder la mitad de lo que tiene de peligroso, haciéndole perder toda su groseria.

Este sistema, mezcla de opiniones y sentimientos, tuvo su origen en la antigua caballeria; y este principio, aunque variado en la apariencia por el estado inconstante de las cosas humanas, ha conservado su influencia y ecsistido siempre durante una larga serie de generaciones hasta nuestros tiempos: y si alguna vez llega á estinguirse enteramente, la pérdida será enorme. El ha dado á la Europa moderna su carácter y su lustre en todas las formas de su gobierno, distinguiendola, con ventaja, de los imperios del Asia, y tal vez de los que han florecido en los periodos mas brillantes de la antigüedad. Este mismo principio, sin confundir los rangos, producía una noble igualdad, recorriendo

los grados todos de la vida social. Esta opinion ponía en cierto modo á los reyes al nivel de sus súbditos, y elevaba los hombres privados á la altura de su príncipe. Sin violencia ni resistencia sojuzgaba la fiereza del orgullo y del poder; obligaba los soberanos á someterse al yugo ligero de la estimacion social; forzaba á la autoridad severa á rendirse á la elocuencia, y hacia que una dominacion superior á las leyes obedeciera alguna vez, sometiendo á los usos.

Mas ahora todo va á cambiar, y las seductoras ilusiones que hacian amable el poder y liberal la obediencia, que daban armonia á las diferentes sombras de la vida, y por un grato remedio incorporaban en la política los sentimientos que embellecen y endulzan la sociedad privada, se desvanecen delante de este nuevo irresistible imperio de luces y de razon. Se arrancan tocamente todas las vestiduras decentes de la vida, y van á desecharse para siempre como una moral ridícula, absurda y anticuada todas las ideas que la imaginacion nos representa como el rico ajuar de la moral! Estas ideas, que el corazon aprueba, y el entendimiento ratifica como necesarias para cubrir los defectos de nuestra naturaleza desnuda y trémula, y elevarla en nuestro aprecio á la altura de su dignidad, son befadas como lo seria una moda ridícula, absurda y añeja.

Un rey, en este nuevo orden de cosas, no es mas que un hombre; una reina no es mas que una muger; y una muger no es mas que un ente, y no de primer orden. Todos los homenajes que se tributan al bello sexo, se califican generalmente y sin distincion de objetos, de romancescos y estravagantes. El regicidio, parricidio y sacrilegio no son mas que unas ficciones superticiosas propias para corromper la jurisprudencia, haciendola perder su sencillez. La muerte de un rey, de una reina, de un obispo, ó de un padre no son mas que homicidios ordinarios; y si se cometieran algunos que por acaso pudieran ser en algun modo ventajosos al pueblo, deberian ser muy perdonables, y bajo este aspecto jamas deberian hacerse indagaciones severas.

Segun el sistema de esta bárbara filosofia, que solo ha podido nacer en corazones helados y espíritus envilecidos; sistema tan destituido de sabiduria como de toda especie de gusto y elegancia, las leyes no tienen otros custodios que el terror que les es propio, y no existen sino por el interes que pueden hallar en su observancia los individuos conforme á sus especulaciones se-

cretas, ó en eludir las para su provecho personal. No se verán mas que horcas en los bosquecillos de sus academias, y en sus mas lejanos puntos de vista. La cosa pública queda desde hoy sin los recursos propios para ganarse en adelante los afectos. Segun los principios de esta filosofia mecánica, ninguna de nuestras instituciones puede ser jamás personificada, si puedo explicarme así, de manera que escite en nosotros el amor, la veneracion, la admiracion, ó el apego. Pero esta especie de razon, que destierra de este modo todos los afectos es incapaz de reemplazarlos; siendo así que combinados con las costumbres son necesarios á veces como suplementos, otras como correctivos, y siempre como apoyo de la ley: por lo cual puede aplicarse igualmente bien á los estados el precepto que ha dado un hombre tan sábio como crítico juicioso, para la composicion de los oemas:

No basta la belleza, se necesitan las gracias para agradar.

[Horacio ad Pis]

Cada nacion deberia tener un sistema de costumbres que pudiese gustar á todo espíritu bien formado: la patria debe ser amable, para que nosotros la amemos.

Mas el poder, de cualquiera naturaleza que sea, sobrevivirá al choque destructor de las costumbres y opiniones, y hallará otros medios acaso peores para sostenerse. La usurpacion que á fin de trastornar las antiguas instituciones, ha abolido los antiguos principios, conservará su poder por maniobras semejantes á aquella con que se lo procuró; y cuando se haya estinguído en el corazon de los hombres aquel espíritu rancio, fiel, caballerezco y leal que libraba á un tiempo los reyes y los súbditos de las precauciones de la tirania, entonces á los complots y asesinatos sucederán los suplicios y confiscaciones, y se verán desarrollar las máximas atroces y sanguinarias que encierra el código político de todo poder que no descansa en su propio honor, ni en el de los que deben obedecerle. Los reyes se harán tiranos por política, cuando los súbditos sean rebeldes por principios.

El destierro de todas las antiguas opiniones y reglas de la vida, es una pérdida incalculable; y llegado este caso, ya no tenemos brújula para gobernarnos, ni sabemos jamás distintamente á qué punto navegamos. Sin disputa, el día que consumasteis vuestra revolucion, la Europa en masa se hallaba en una

posicion floreciente; y no es facil decir hasta que grado influian en esta prosperidad nuestras antiguas costumbres y opiniones; pero como estas causas no pueden ser indiferentes en su accion, debemos presumir que su efecto en lo general era ventajoso.

Los hombres estamos muy dispuestos á contemplar las cosas en el estado en que las hallamos, sin poner bastante atencion en las causas que las han producido y tal vez las mantienen en el mismo estado. Es cosa bien demostrada, que en esta parte de la Europa nuestras costumbres, nuestra civilizacion y todas las cosas buenas inseparables de las costumbres y de la civilizacion, hacia muchos años dependian y eran ciertamente el resultado de dos principios combinados entre sí; quiero decir, el espíritu de nobleza y el de religion. La nobleza por su proteccion, y el clero por su profesion han perpetuado las ciencias aun en medio de las armas y de las turbaciones, y cuando los gobiernos cesarian aun informes en sus elementos; y las ciencias, en recompensa, pagaron con usura á la nobleza y al clero lo que les debian, estendiendo y adornando sus espíritus. Dichosos estos, si todos hubieran reconocido siempre su union indisoluble y su lugar propio! Qué venturoso hubiera sido, si las ciencias no estraviadas por la ambicion se hubiesen contentado con instruir, y no hubiesen aspirado á gobernar! Pero lo mismo que sus protectores y sus custodios, serán arrojadas al cieno, y holladas bajo las plantas de una multitud grosera.

Si la literatura moderna, como sospecho, debe á las costumbres antiguas mucho mas de lo que ella ha querido confesar, lo mismo sucede con otros intereses que apreciamos en mas de lo que valen. El comercio mismo, el tráfico y las manufacturas (deidades de nuestros economistas políticos) tal vez no son mas que unas criaturas, ó unos efectos que queremos mas bien adorar como si fuesen causas primeras. Ciertamente han progresado mucho al abrigo mismo que ha hecho florecer las ciencias, é igualmente pueden decaer al mismo tiempo que sus principios protectores y naturales. Parece, á lo menos por ahora, que hay peligro inminente de que todo desaparezca á un tiempo entre vosotros. Cuando un pueblo no tiene comercio ni industria, y conserva no obstante el espíritu de nobleza y de religion, el sentimiento suple aquella falta, y no siempre la reemplaza mal; pero si en la tentativa que se haya hecho para probar cómo puede un estado subsistir sin nobleza ni religion, dos princí-

pios antiguos fundamentales, llegan á perderse las artes y el comercio, ¿qué cosa será entonces una nacion compuesta de bárbaros, groseros, estúpidos, feroces, al mismo tiempo pobres y sérdidos: privada de religion, de honor, de fortaleza varonil; destituida de todo para lo presente, y sin tener que esperar nada para lo venidero?

Yo deseo que no os sea posible llegar muy pronto y por el camino mas corto á esta horrible y desagradable situacion. La asamblea y todos los que la dirigen, descubran ya en todos sus procedimientos unos conceptos pobres, groseros y vulgares. Su libertad no es liberal; su saber es una presuntuosa ignorancia, y su humanidad una brutalidad bárbara.

No está bien averiguado, si en Inglaterra hemos recibido de vosotros aquellos grandes y saludables principios y costumbres de que todavia conservamos vestigios muy profundos, ó si las habeis tomado de nosotros: creo que es lo primero, y me parece que sois *gentis incunabula nostra*, la cuna de nuestra nacion. La Francia ha influido siempre, mas ó menos, sobre las costumbres de Inglaterra; y cuando aquella fuente se haya estancado y corrompido, se interrumpirá bien pronto el curso de sus aguas, ó llegarán muy turbias, y lo mismo sucederá con respecto á las demas naciones. De esta circunstancia resulta, en mi juicio, que tiene mucha razon la Europa entera, para considerar todos los sucesos de la Francia bajo la relacion de un interes suyo próximo é inmediato. Por este motivo, no dudo disimulareis, que me haya detenido tanto sobre el espectáculo atroz del 6 de octubre de 1789, ó que haya dado mucho curso á las reflexiones que me han ocurrido con ocasion de la mas importante de todas las revoluciones que se puede datar en este dia, quiero decir, un cambio en los sentimientos del alma, en las costumbres, y en las opiniones mas interesantes. En el estado actual de cosas, en que se ha destruido todo lo que es respetable, y en que se hace el ensayo de trastornar entre nosotros todo principio de respeto, es casi necesaria una apologia para hacer un elogio á los sentimientos ordinarios de la humanidad.

¿Por qué me afectaré de tan diverso modo que el reverendo Dr. Price y los de su rebaño chico, á quienes agrada adoptar los sentimientos de su discurso? por una razon muy sencilla: porque es natural que yo me afecte así; porque es natural

esperimentar una profunda tristeza al ver la inestabilidad de la fortuna, y la incertidumbre espantosa de la grandeza humana; porque en estas emociones naturales recibimos grandes lecciones; porque en tales acontecimientos nuestras pasiones instruyen á nuestra razon; porque cuando los reyes son precipitados de lo alto de su trono por el supremo director de este gran drama, y se les esponen á ser objetos de los insultos del populacho y de la compasion de los hombres de bien, estos desastres hacen en lo moral la misma impresion que los milagros en lo fisico. Estas alarmas nos obligan á reflexionar; nuestros ánimos, como se ha observado por largo tiempo, se purifican con el terror y la compasion; y nuestro imprevisivo é impotente orgullo se humilla al ver las obras de una sabiduria misteriosa. Si yo hubiera visto representar en el teatro un espectáculo como este, las lágrimas se me habrian rodado de los ojos; y me avergonzaria de que se descubriesen en mí estos afectos teatrales por unas desgracias imaginarias, si al mismo tiempo podia regocijarme de las que eran efectivas; ni me atreveria á presentarme jamás en ninguna tragedia, si tuviera un corazon tan perverso: podria creerse que las lágrimas, que Garrick me hizo verter otra ocasion, ó las que me arrancaron despues las damas Siddons, no eran sino lágrimas de hipocresia; yo, al menos, las creeria lágrimas de locura.

En verdad, el teatro es mejor escuela de sentimientos morales que los templos en donde asi se ultraja la humanidad. Los poetas que hablan delante de un auditorio que no ha recibido aun grados en la escuela de los derechos del hombre, y se ven precisados á acomodarse á la constitucion moral del corazon, no se atreverian á presentar en el teatro un triunfo como este por asunto de admiracion. En aquellos lugares en donde los hombres siguen sus impulsos naturales, no soportarian las máximas odiosas de una política maquiavélica aplicada á las empresas de una tirania monárquica ó democrática; las repelerian del teatro moderno, como lo hicieron del antiguo en otro tiempo en que no pudieron soportar la proposicion, aun hipotética, de una atrocidad semejante, en boca de un tirano personificado, no obstante que venia bien al carácter del personaje. Una asamblea de Atenas no habria tolerado en el teatro o que ha habido á la mitad de la tragedia verdadera de este dia de triunfo; un actor principal, que pesando, como si tuviera

en la mano la balanza de un mercado de horror, tantos crímenes efectivos contra tantas ventajas por venir, y en seguida añadiendo ó quitando pesas, declara que la balanza se inclina del lado de las ventajas: ni habria soportado ver los crímenes de la nueva democracia asentados como en un libro de cuentas en contraposicion de los crímenes del antiguo despotismo; ni á los tenedores del libro político, que hallan la democracia en descubierto, pero de ninguna manera desprovista de voluntad ni de medios para hacer inclinarse la balanza. La primera ojeada de un método semejante haria ver en el teatro, sin ningun esfuerzo del discurso, que tales cálculos políticos justificarian el crimen en todas sus ramificaciones; haria ver que con tales principios, si no se ejecutaban las cosas mas horribles, lo debian los conspiradores á su buena suerte mas bien que á su parsimonia en pródigar la sangre y la traicion; haria ver tambien, que los medios criminales una vez tolerados, bien pronto son preferidos, y que van mas derechamente á su objeto, que la gran senda de las virtudes morales. Si la perfidia y el asesinato se justifican por consideracion al bien público, el bien público sirve muy pronto de pretesto, y la perfidia y el asesinato vienen á ser el objeto, hasta que el pillage, la perversidad, la venganza y el temor, mas espantoso que la venganza, puedan satisfacer su insaciable apetito. Tales deben ser las consecuencias de la pérdida de todas las ideas naturales del bien y del mal en el esplendor del triunfo de los derechos del hombre.

Pero el reverendo pastor se entusiasma con este triunfo, porque verdaderamente Luis XVI, era un monarca absoluto, es decir en otros términos ni mas ni menos, porque era Luis XVI; y porque habia tenido la desgracia de nacer rey de Francia con todas las prerrogativas que, sin ningun acto de su parte, le habian sido transmitidas por una larga série de antepasados, y el consentimiento no interrumpido de su pueblo. Realmente fue para él una gran desgracia nacer rey de Francia; pero una desgracia no es un crimen, y una indiscrecion no es siempre la mayor de las faltas. Jamás creeria yo que mereciese tal tratamiento ese príncipe, cuyo reinado no ofrece en todo su curso sino una série de concesiones hechas á su pueblo; que consintió en disminuir su autoridad, renunciar á sus prerrogativas y conceder á sus súbditos una estension de libertad que sus padres no conocieron; y acaso ni desearon. Aunque él hubiera es-

tado sujeto á las debilidades propias de la humanidad, y aunque hubiera juzgado necesario reprimir con la fuerza, una sola vez, proyectos furiosos dirigidos manifiestamente contra su persona y los restos de su autoridad (cosas todas que deben tomarse á parte, en consideracion); jamás se me podrá hacer creer, sino con la mayor dificultad, que mereciese este triunfo insultante y cruel de París, y el del Dr. Pricé. A vista de tales ejemplos dados á los reyes, tiemblo por la causa de la libertad; y tiemblo por la de la humanidad, cuando veo quedar impunes los ultrajes de los hombres, más perversos. Pero es tal la bajeza y degradacion de ciertas gentes que á los reyes, que saben gobernar con firmeza, estender una mano fuerte sobre sus súbditos, sostener sus prerrogativas, y con vigilante y severo despotismo estar alerta contra los avances de la libertad, los admiran y contemplan con sumision: contra monarcas de esta clase jamás levantan la voz. Desertores de todo principio, y alistados bajo las banderas de la fortuna, jamás ven ningun mérito en la virtud humillada, ni crimen alguno en la usurpacion venturosa.

Si se me pudiera demostrar claramente que el rey y la reina de Francia (quiero decir, los que lo eran antes del triunfo) eran tiranos, crueles é incesorables, que habian concertado un plan para asesinar á la asamblea nacional (como creo haber leído algunas insinuaciones sobre esto en ciertas obras) tendria por justa su cautividad. Si esto es verdad, aun debería haberse ido mas léjos, pero manejándose de otra manera. El castigo de los verdaderos tiranos es un acto de justicia noble é imponente, y ciertamente, como se ha dicho, consolador para el corazon humano. Pero si yo tuviera que castigar á un rey malo al vengar el crimen atenderia á la dignidad. La justicia es grave y decente, y en sus decretos parece obrar por necesidad mas bien que por eleccion. Si Neron, Agripina, Luis XI, ó Carlos IX hubieran sido el objeto de esta injusticia; si Carlos XII rey de Suecia despues de la muerte de Patkul; ó si Cristina que reinó antes de él, despues de la muerte de Monaldeschi hubieran caido, señor mio, en vuestras manos, ó en las mias, estoy cierto de que vuestra conducta habria sido muy diferente.

Si el rey francés, ó el rey de los franceses (ó bajo cualquiera nombre que sea conocido en el nuevo diccionario de vuestra constitucion) habia merecido realmente atraer sobre su persona y la de la reina estas medidas sanguinarias, que nadie

aprueba y nadie venga, y todas las indignidades que han seguido, aun mas crueles que la muerte; mal podia merecer un personaje como este que se le eligiera para ejercer el poder ejecutivo aun subordinado, que segun oigo decir, debia confiarsele; él no será el mas á propósito para ser nombrado gefe de una nacion á la que haya ultrajado y oprimido; ni se podrá hacer peor eleccion que la de un tirano depuesto, para confiarle tal cargo en un estado nuevo. Pero degradar é insultar á un hombre como el mas vil de los criminales, y en seguida revestirlo con el cullallo de vuestros mas preciosos intereses, como un fiel, honrado y zeloso servidor, esto ni es consiguiente en buena lógica, ni prudente en política, ni seguro en la ejecucion; y los que confriesen tal poder á una persona semejante serian culpables de un abuso de confianza, el mayor que jamás se ha cometido contra el pueblo. Como este crimen es el único en que vuestros directores políticos han obrado con inconsecuencia, infiero de aquí que todas las cosas horribles que se cuentan no tienen fundamento alguno. No he formado mejor opinion de todas las demas calumnias.

Nosotros en Inglaterra no damos crédito á estas falsas imculpaciones; somos enemigos generosos; y somos aliados fieles, y desechamos con disgusto é indignacion léjos de nosotros las conversaciones de los que nos refieren sus anécdotas, atestiguandolas con la flor de lis sobre sus hombros. Tenemos preso en Newgate á lord Jorge Gordon; y aunque prosélito público de judaismo; aunque arrebatado de celo contra los sacerdotes católicos y contra toda especie de eclesiásticos, levantó un ejército de canalla (perdonadme el término, que todavia está aquí en uso) para romper todas nuestras cadenas; no pudo conservar una libertad de que se hacia indigno, abusando de ella. Hemos reedificado á Newgate, y le hemos dotado, y tenemos prisiones casi tan fuertes como la Bastilla para los que se atreven á escribir libelos contra las reinas de Francia. Mantengase el noble libelista en su retiro espiritual, y medite allí sobre su Talmud hasta que aprenda á conducirse de una manera conveniente á su nacimiento y sus talentos, y mas digna de la antigua religion de que se ha hecho prosélito; ó hasta que algunas personas del otro lado del canal de la Mancha paguen su rescate por complacer á los nebreos vuestros nuevos hermanos y entonces se hallará en estado de comprar las tierras que se